

BABILONIA Y NABUCODONOSOR: HISTORIA ANTIGUA Y TRADICIÓN VIVA

Bosquejo sobre su realidad histórica y su presencia en el cortejo bíblico de Lorca (Murcia)¹

Juan Luis Montero Fenollós
Facultade de Humanidades, Universidade da Coruña

*Entre todos los lugares habitados,
no conozco una ciudad tan famosa
como tu ciudad, Babilonia*

Nabucodonosor II, rey

Resumen

Sin la Biblia y sin la ópera de Verdi, el nombre del rey Nabucodonosor II habría permanecido casi oculto. Habrá que esperar hasta el siglo XX para que la arqueología y la epigrafía nos descubran el esplendor de su reinado, en particular de la célebre puerta de Istar de Babilonia, hoy conservada en Berlín.

Por el contrario, a un lorquino la palabra Nabucodonosor le resulta familiar, ya que desde 1882 esta figura de la historia de Mesopotamia es parte indisoluble de sus desfiles bíblico-pasionales.

Con la doble finalidad de acercar al lector al contexto en que desarrolló su reinado el monarca babilónico y a su verdadera dimensión dentro de la Semana Santa de Lorca, nace el presente artículo.



¹ Deseo expresar mi agradecimiento a Gaspar López Ayala (Paso Blanco) por la excelente información y documentación fotográfica proporcionada sobre la figura del rey Nabucodonosor II en los desfiles bíblico-pasionales de la Semana Santa de Lorca. Asimismo, agradezco la documentación bibliográfica facilitada por: la Biblioteca Municipal de Lorca, Manuel Muñoz Clares (Archivo Histórico Municipal) y Andrés Martínez Rodríguez (Museo Arqueológico Municipal). Los créditos de las fotos de la Semana Santa lorquina reproducidas son: Archivo Histórico Municipal, F. Mora, A. Felices, Valera y Aledo.



Babilonia es, probablemente junto a Jerusalén, una de las ciudades más universales de nuestra historia debido, entre otras razones, a su presencia en el Antiguo Testamento. La construcción del mito bíblico que envuelve a esta vieja metrópoli mesopotámica y, en especial, a su más célebre monumento, la Torre de Babel, tiene su origen en el siglo VI a.C. En esa centuria los hebreos fueron deportados al país del Tigris y del Éufrates para trabajar en el embellecimiento de Babilonia. Es el período del exilio, acontecido bajo el reinado de Nabucodonosor II (604-562 a.C.).

Ninguna ciudad de la antigüedad fue tan deseada y temida, admirada y deshonrada, devastada y reconstruida como ésta. El prestigio de la ciudad era incomparable a los ojos de sus contemporáneos. Los soberanos más carismáticos quisieron conquistarla e imprimir en ella su huella, embelleciéndola aún más o bien destruyéndola. Babilonia se había convertido en el corazón espiritual e intelectual de la antigua Mesopotamia, brillando con luz propia sobre el mundo civilizado. Era el centro cósmico y el símbolo de la armonía del mundo.

La ciudad murciana de Lorca y la andaluza de Puente Genil son, según creo, los únicos lugares del mundo donde cada primavera la civilización babilónica renace de sus milenarias cenizas². El rey Nabucodonosor II, el embellecedor de Babilonia y el conquistador de Jerusalén, desfila imparable por las calles de su nueva ciudad (emulando en cierto modo la fiesta del *Akitu* o Año Nuevo babilónico –marzo/abril–). Ésa es, entre otras cosas, la grandeza de ese milagro que son los desfiles bíblico-pasionales lorquinos: la pasión de un pueblo que es capaz de resucitar a lejanos personajes (con evidentes connotaciones bíblicas y peso dentro de la simbología de la tradición cristiana) de nuestra Historia Antigua Universal. Éste es el caso del rey babilónico Nabucodonosor y de la visión transmitida sobre él por el profeta Daniel en el Antiguo Testamento.

Con este artículo se persigue un doble objetivo: en primer lugar, dar a conocer los principales rasgos del

impresionante escenario donde desarrolló su vida el rey Nabucodonosor II, es decir, la ciudad de Babilonia, y en segundo lugar, analizar la presencia y la evolución de la figura de este monarca mesopotámico dentro del cortejo bíblico de Lorca.

1. LA CIUDAD DE BABILONIA: EL ESCENARIO DE UNA NUEVA DINASTÍA

Las ruinas de Babilonia se encuentran a unos 90 km al sur de la moderna Bagdad, en Iraq. La ciudad que hoy conocemos de forma parcial, gracias a la arqueología, es el resultado del proyecto soñado por una nueva dinastía (denominada caldea o neobabilónica) encabezada por el rey Nabopolassar (626-605 a.C.) y su hijo Nabucodonosor II. Sin embargo, la historia de la ciudad es mucho más antigua y la consecuencia de casi dos milenios de una dilatada y azarosa vida, cuyas diferentes etapas conocemos de forma muy desigual.

1.1. LOS PRIMEROS DATOS HISTÓRICOS

La primera mención escrita sobre Babilonia se remonta posiblemente a la época de Šar-kalli-Šarri (2217-2193 a.C.), rey de la dinastía de Akkad. Sin embargo, la ciudad no adquiere relevancia política hasta 1792 a.C., con la llegada al trono del rey amorreo Hammurabi, quien transforma Babilonia en la capital de un gran imperio (CHARPIN, 2003). A este monarca mesopotámico pertenece un célebre código de leyes, básico para estudiar la sociedad babilónica. La estela de basalto negro sobre la que fue escrito este código forma parte de las “joyas” que hoy en día se conservan en el Museo del Louvre. En su prólogo se puede leer:

Yo soy Hammurabi, el Huracán de los Cuatro Cuadrantes; el Engrandecedor del nombre de Babilonia, el agrado del corazón de Marduk, su señor, el que se presenta a diario al servicio del Esagil (SANMARTÍN, 1998: p. 98). En este fragmento el rey Hammurabi nos presenta los dos pilares sobre los que va a construir su imperio: Babilonia y Marduk (con su santuario el Esagil). Ésta será una norma que seguirán los grandes monarcas babilónicos.

Tras el período paleobabilónico, la ciudad conoce una larga etapa de dominación extranjera a cargo de la dinastía kasita (c.1570-1155 a.C.) y, posteriormente, por parte de los grandes monarcas del imperio neasirio (734-627 a.C.). Entre ambos períodos de la historia de Babilonia mediará un paréntesis, que es el representado por la segunda dinastía de Isin.

² A diferencia de Lorca, donde la figura de Nabucodonosor se data en 1882 (Lám. 3), la corporación bíblica denominada “los babilonios” de la Semana Santa de Puente Genil (Córdoba) fue fundada en 1973 y consta de cinco figuras a pie: el profeta Daniel, el rey Nabucodonosor y los tres jóvenes arrojados al fuego, Ananías, Azarías y Misael (véase www.mipuentegenil.com, consultada el 8-10-07). Por otro lado, hasta hace unos años se celebraba en las ruinas de la misma Babilonia, en Iraq, el llamado Festival de Babel, organizado para ensalzar la figura de Sadam Hussein que, no en vano, se veía a sí mismo como una mezcla entre Saladino y Nabucodonosor. En las biografías oficiales del dictador iraquí se afirma que éste era descendiente directo del rey Nabucodonosor II.



1.2. LA EDAD DE ORO: LA DINASTÍA CALDEA

En 626 a.C., se establece en la metrópoli una nueva dinastía, la de los reyes caldeos, que dará origen al denominado imperio neobabilónico. El 23 noviembre de aquel año Nabopolassar se sentó en el trono de Babilonia y con él daba comienzo la última gran etapa de esplendor de la ciudad, que se convierte en la capital de un gran imperio tras la caída de Asiria, su gran rival, en el año 612 a.C. Durante su reinado, se inician las grandes obras de embellecimiento de Babilonia, entre las que se encuentra la restauración y engrandecimiento del zigurat, la conocida Torre de Babel.

Nombra como sucesor a su hijo primogénito Nabucodonosor, posiblemente en recuerdo del rey del mismo nombre que fundó en 1126 a.C. la primera dinastía local en Babilonia tras seis siglos de dominación extranjera. Su nombre en babilonio era el de *Nabû-kudurri-ušur*, esto es, *¡Oh dios Nabu, protege el hijo heredero!* Esta elección de un nombre predestinado influenció el destino del príncipe, cuyos logros superarán a los de su homónimo e incluso a los de su padre (WISEMAN, 1985; ARNAUD, 2004).

Nabucodonosor II (604-562 a.C.) llevará al imperio babilónico a su máxima expansión, llegando a rivalizar con las dos grandes potencias de la época: el Egipto faraónico (dinastía XXVI) y el imperio medo-persa. Pero la acción militar que va marcar para siempre su reinado es la toma y saqueo de Jerusalén en dos ocasiones, 597 y 587-586 a.C. De ello nos habla la Biblia en varios libros del Antiguo Testamento (II Reyes, 24-25; Jeremías, 37-43 y 52).

Una de las principales consecuencias de estas campañas fue el exilio de una parte importante de la población del reino de Judá. De hecho, este período de la historia del antiguo Israel se conoce con el nombre del Exilio. Nabucodonosor II deportó a Babilonia a los miembros de la élite de Judá que se oponían a la hegemonía babilónica, así como a una parte de los artesanos. Otros judíos se refugiaron en países vecinos, sobre todo en Egipto. Según cálculos recientes, la suma total de los deportados a la ciudad de Babilonia y de los que se vieron obligados a refugiarse fuera no superaba el 15% de la población (GONÇALVES, 2000).

Probablemente gran parte del material que contiene el *Pentateuco* (*Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio*) fue compilado durante el exilio en la capital babilónica. Por estas mismas fechas, comienzos

del siglo VI a.C., debían haber concluido ya las grandes obras de restauración del zigurat de Babilonia, iniciadas por el rey Nabopolassar y asumidas, tras su muerte, por su hijo Nabucodonosor. Este edificio no es otro que la célebre Torre de Babel a la que se refiere el Génesis 11 y que los judíos conocieron, en todo su esplendor, durante su destierro en la ciudad.

El reinado de Nabucodonosor II cuenta entre sus principales logros con la transformación de Babilonia en una de las ciudades más célebres de la antigüedad, gracias a su activa política de embellecimiento urbano. Se estima, aunque es una cifra aproximativa, que en esta época su población superaba los 80.000 habitantes. En una inscripción en la que Nabucodonosor dirige al dios Marduk dice: *Entre todos los lugares habitados, no conozco una ciudad tan famosa como tu ciudad Babilonia* (MARGUERON, 2000: 453).

1.3. EL DOMINIO PERSA Y MACEDONIO

Con la muerte de Nabucodonosor, en 562 a.C., se inicia la decadencia y desaparición del reino neobabilónico. El último soberano fue Nabónido (556-539 a.C.), un excéntrico monarca que durante diez años dirigió los destinos de Babilonia desde el oasis de Teima, en Arabia (SACK, 1997). Finalmente, aprovechando su debilidad, Ciro II, rey de los persas, conquista Babilonia en 539 a.C. (BRIANT, 1996), de la que nos hablan autores griegos como Heródoto y Jenofonte. Con esta conquista se ponía fin a la larga historia del imperio babilónico:

Una vez realizada esta operación [la toma de Babilonia], Ciro llamó a los magos y ordenó que, como la ciudad era conquista de guerra, escogieran para los dioses primicias y recintos sagrados. Acto seguido, distribuyó las casas y los edificios públicos entre aquellos que estimaba que habían tomado parte en las acciones realizadas. Y así distribuyó, como se había decidido, lo mejor para los más valientes e invitó a que, si alguien creía haber recibido menos de lo que merecía, viniera a explicárselo.

Anunció a los babilonios que tenían que cultivar la tierra, pagar tributos y servir a quienes cada uno de ellos hubiera sido adjudicado. Y, a los persas que habían tomado parte en las acciones y a cuantos aliados elegían quedarse a su lado, les ordenó dirigirse como soberanos a los babilonios que habían recibido (Ciropeia VII, 5, 35-36).

Dos siglos más tarde, en 331 a.C., la ciudad volverá a caer en manos de otro conquistador: Alejandro



Magno, el famoso general macedonio, que quiso hacer de ella la capital de su vasto imperio.

1.4. LA CIUDAD Y SU ORGANIZACIÓN URBANA

Por diferentes motivos, Babilonia se había convertido a mediados del I milenio a.C. en el corazón espiritual e intelectual de la antigua Mesopotamia, brillando con luz propia sobre el mundo civilizado. Era el centro cósmico, el símbolo de la armonía del mundo, nacida de la pujanza de su dios supremo, Marduk, vencedor de las fuerzas del caos y organizador del universo. Este aspecto cosmológico está presente en la concepción arquitectónica de la ciudad, cuyo centro neurálgico era su célebre torre escalonada. El prestigio de la ciudad era incomparable a los ojos de sus habitantes, como puede verse en algunos de los epítetos y funciones que le asignaban sus sabios a finales del II milenio a.C.:

Babilonia, la pujanza de los cielos... Babilonia, la ciudad donde el lujo es inagotable... Babilonia, la ciudad de la verdad y la justicia... Babilonia, la ciudad que une el cielo y el mundo inferior... Babilonia, la ciudad que aniquila a sus enemigos... Babilonia, la ciudad que ha recibido la sabiduría... Babilonia, la ciudad santa... (ANDRÉ-SALVINI, 2001: *Tintir* I, 1-51).

Los soberanos más carismáticos quisieron dominar la ciudad e imprimir en ella su huella, bien embelleciéndola, como fue el caso de Alejandro Magno, o bien destruyéndola, como hizo el rey asirio Senaquerib en 689 a.C.: *La ciudad y las casas [de Babilonia], desde sus cimientos hasta sus techumbres, las destruí, las arrasé, las incendié. La muralla exterior e interior, los templos, los dioses, el zigurat de ladrillos y tierra, todo lo que había, lo arruiné y los escombros los arrojé al Éufrates* (ANDRÉ-SALVINI, 2001: Inscripción de Bavian, III R, 14).

La principal fuente escrita sobre la que reposa nuestro conocimiento del aspecto de la ciudad de Babilonia procede de una serie de textos cuneiformes. Este memorando formado por cinco tablillas de arcilla se conoce con el nombre de *Tintir* = Babilonia. El documento, que nos ha llegado a través de unas copias tardías de un original del siglo XII a.C., consiste en una descripción detallada de la topografía religiosa de Babilonia. Es una especie de inventario de los templos, las capillas y los altares, pero también de los barrios y calles por los que desfilaban las procesiones religiosas y, por último, las murallas y puertas que estaban bajo protección divina. Por el contrario, la arquitectura civil y privada no figura en el texto (GEORGE, 1985).

Las tablillas IV y V de este documento nos han permitido establecer, a partir de los datos conocidos por las excavaciones, un plano bastante preciso de la ciudad, donde es posible situar los barrios, los templos, las puertas y los principales ejes de circulación.

Entre las puertas, se citan las ocho siguientes: Zababa, Marduk, Ištar (conocida también por la arqueología), Enlil, del Rey, Adad y Šamaš. Estas puertas se abrían en un doble recinto amurallado, que había sido divinizado. La muralla interior recibía el nombre de *Imgur-Enlil* ("El dios Enlil ha mostrado su favor") y la exterior el de *Nimit-Enlil* ("Muralla de Enlil"). En cuanto a las calles, la única que ha podido localizarse de forma exacta es la llamada *Ay-ibūr-šabú* ("que el arrogante no pase"). Ésta se corresponde con la célebre vía procesional que partía de la puerta de Ištar, pasaba por delante del palacio real y se dirigía, por último, al corazón de la ciudad. Este barrio central recibía el nombre de Eridu, en honor del dios Enki y de la primera ciudad mesopotámica donde descendió la monarquía antes del diluvio (SAFAR *et alii*, 1981). Eridu era el centro religioso de Babilonia. En él se situaban 14 santuarios, entre los que se encontraban los más importantes: el Esagil, o templo del dios Marduk, y el Etemenanki, o zigurat, sede del templo alto de la misma divinidad.

Estrechamente asociada al Éufrates, Babilonia es esencialmente una aglomeración urbana localizada en su ribera izquierda, a pesar de que a lo largo de su desarrollo ésta salvará el río para establecerse en la ribera derecha. Esta ubicación tiene un significado. No es una cuestión de azar que Babilonia esté situada en el lugar donde la distancia entre los dos ríos mesopotámicos, sin ser la más corta posible en la actualidad (el curso de ambos ríos ha variado), es pequeña. Además de controlar el gran eje de circulación fluvial que representaba el Éufrates y tener garantizado el acceso, gracias a su posición en la ribera izquierda, al sistema de canales de la llanura meridional, Babilonia necesitaba aproximarse al Tigris, pues era una excelente vía de comunicación con Asiria y el país de los sumerios. De esta manera, Babilonia se funda en un cruce de caminos entre el sur (Súmer) y el norte (Mari, Asiria y otros reinos sirios nor-occidentales).

La ciudad era inmensa, ya que su superficie total contando sus arrabales se acercaba a las 1000 Ha. Algo más de un tercio de este espacio (375 Ha) lo ocupaba la ciudad interna, que tenía una planta de forma aproximadamente rectangular de unas dimensiones de 1,5 por 2,5 km (Fig. 1).



1.5. LAS MURALLAS (FIG. 1)

Una doble muralla protegía la ciudad (BATTINI, 1997). La línea exterior tenía una longitud cercana a los 18 km. Nabucodonosor habla en una de sus inscripciones de las fortificaciones que concibió para proteger la ciudad y sus suburbios: ... para que el frente de la bata-

lla no se aproxime a Imgur-Enlil, el muro de Babilonia, algo que ningún rey había hecho antes que yo, alrededor de la periferia oriental de Babilonia, he construido un muro fuerte. Yo excavé el foso y el muro de paramento del foso con betún y ladrillos cocidos, yo lo construí tan alto como una montaña (ANDRÉ-SALVINI, 2001: Nab. 4 y 9 ii)

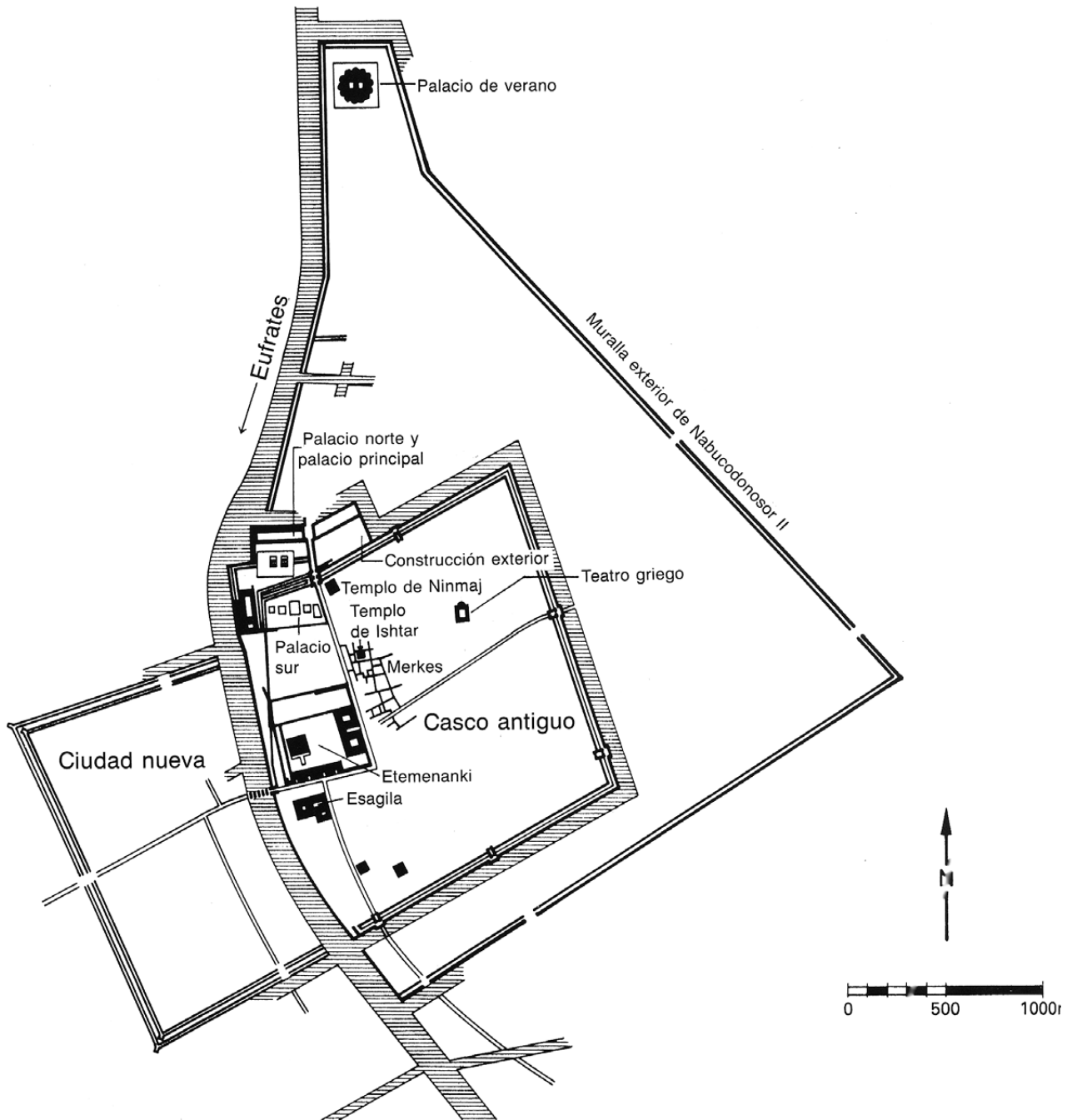


Figura 1. Plano de la ciudad de Babilonia (según Marzahn, 1993).



Este “muro fuerte”, además de proteger el arrabal oriental, englobaba por el norte el llamado palacio de verano del rey Nabucodonosor. Era precisamente desde el norte y el este de donde podían atacar los eventuales enemigos del imperio babilónico. El recinto amurallado estaba compuesto por tres muros y un foso.

Pero las murallas que han hecho famosa a Babilonia son las de la ciudad propiamente dicha, que el geógrafo griego Estrabón (*Geografía* XVI, 1, 5) sitúa junto a los jardines colgantes entre las siete maravillas del mundo antiguo. Debían de ser tan impresionantes que, en el Antiguo Testamento, el profeta Jeremías (50 y 51) en su oráculo contra Babilonia se refiere hasta cuatro veces a la destrucción de su muralla.

Asimismo, el historiador griego Heródoto nos describe, aunque con errores en lo que se refiere a las medidas, la muralla y su proceso de construcción: *Babilonia, ciudad que es como sigue. Está situada en una gran llanura; forma un cuadrado y mide ciento veinte estadios por cada lado; el perímetro de la ciudad tiene en total cuatrocientos ochenta estadios. Tal es, pues, la extensión de la capital de Babilonia, y estaba adornada como ninguna otra de cuantas ciudades nosotros conocemos. Primeramente la rodea un foso profundo y ancho, lleno de agua, y después una muralla que tiene cincuenta codos reales de ancho y de alto doscientos codos. (El codo real es tres dedos más largo que el codo ordinario.) Aparte de esto, debo decir aún en qué se empleó la tierra sacada del foso y de qué manera se construyó la muralla. A medida que abrían el foso, iban convirtiendo en ladrillos la tierra que sacaban del canal, y cuando hubieron moldeado bastantes ladrillos, los hicieron cocer en hornos; luego empleando asfalto caliente como mortero e intercalando lechos de cañas cada treinta hileras de ladrillos, construyeron primero las paredes del foso, y después, de la misma manera, la muralla propiamente dicha. Y en lo alto de la murallas, a lo largo de los bordes, edificaron unas casillas de un solo piso, las unas enfrente de las otras; y entre estas casillas dejaron espacio para circular una cuadriga (Historias I, 178-179).*

Otros autores clásicos, como Diodoro de Sicilia, Estrabón o Quinto Curcio, nos ofrecen otras descripciones similares de la muralla y del resto de edificaciones de la ciudad de Babilonia. Las dimensiones que nos proporcionan de éstas siguen siendo erróneas, por ser desproporcionadas.

La muralla de la ciudad interior, de planta rectangular, tenía 8 km de longitud y consistía en dos muros de adobe, que según los textos recibían los nombres de Imgur-Enlil y Nimit-Enlil. En la época de

Nabucodonosor II, el muro interno, el llamado Imgur-Enlil, medía 6,50 m de ancho, mientras que el externo o Nimit-Enlil tenía 3,70 m de espesor. Ambos muros estaban reforzados por torres situadas cada 15 m. Entre los dos había, además, un espacio vacío de 7,20 m que funcionaba como una calzada. A una veintena de metros delante del muro exterior se excavó un foso o canal, que estaba acompañado por un muro provisto de bastiones. La muralla se puede fechar, por lo esencial, en los reinados de Nabopolassar, Nabucodonosor y Nabónido, que no cesarán de restaurarlo, según varias inscripciones conservadas: *En esta época, Imgur-Enlil, el muro de Babilonia... sus cimientos estaban inseguros, sus muros deformados, su cima estaba vacilante... yo [Nabónido] he reforzado sus cimientos...* (ANDRÉ-SALVINI, 2001: PBS XV, 80).

La zona de la ciudad interior que limitaba con la ribera izquierda del río Éufrates estaba también protegida con un muro defensivo provisto de torres en sus dos caras. No se trata de una muralla tan compleja como las ya vistas, pues el propio río ofrecía a la ciudad una cierta protección. Desconocemos, sin embargo, si la otra parte de la ciudad que se abría a la ribera derecha estaba defendida con algún sistema. Tampoco sabemos cómo estaba protegida la ribera izquierda del río situada entre el palacio de verano y el palacio sur. Aparentemente ninguna línea defensiva se ha identificado en esta distancia de 2,5 km que une ambos palacios.

1.6. EL PUENTE (FIG. 1)

El río Éufrates dividía la estructura urbana de Babilonia en dos sectores unidos por un puente, que según el historiador romano Quinto Curcio *se cuenta entre las maravillas de Oriente (Historia de Alejandro Magno V, 1, 29)*. De la construcción del puente nos informa tanto Heródoto como Diodoro de Sicilia, quienes atribuyen la obra a una reina. He aquí la descripción del historiador de Halicarnaso: *Como Babilonia constaba de dos partes y el río pasaba por en medio, en tiempos de los reyes anteriores, cuando uno quería pasar de una parte a otra, tenía que hacerlo en barca, y eso era, según yo creo, una molestia. Pues bien, esta reina remedió también esto. En efecto, después que hubo excavado el lecho para el estanque, se sirvió de esa misma obra para dejar este otro monumento. Hizo cortar enormes piedras, y cuando tuvo dispuestas las piedras y terminada la excavación, desvió toda la corriente del río hacia el lugar que había excavado; y mientras éste se iba llenando, entre tanto, como el antiguo cauce estaba seco, por una parte hizo recubrir con ladrillos cocidos,*



dispuestos de la misma manera que en la muralla, los márgenes del río a su paso por la ciudad y las pendientes que conducen de las poternas al río, y por otra, aproximadamente en el centro de la ciudad, con las piedras que había extraído hizo construir un puente, uniendo las piedras con hierro y plomo. Y encima del puente extendía, cuando era de día, unas tablas cuadradas sobre las cuales hacían la travesía los babilonios; pero por las noches quitaban estas tablas, y ello para evitar que merodeando a favor de la noche, se robasen los unos a los otros. (Historias I, 186).

Excavado parcialmente, el puente estaba formado por seis pilares en forma de nave, separados 9 m entre sí. Otros dos pilares unían el puente, que tenía una longitud de 123 m, a los muelles. La obra era de ladrillo cocido unido con betún. Este puente demuestra, en definitiva, el alto nivel técnico alcanzado por los arquitectos babilónicos.

1.7. PUERTAS Y CALLES (FIG. 1)

Las murallas internas disponían de ocho puertas para acceder a la ciudad. Gracias a las tablillas de *Tintir*, sabemos que cinco de ellas llevaban el nombre de los dioses más importantes del panteón mesopotámico: Istar (la gran diosa del amor y de la guerra), Marduk (dios nacional babilónico), Šamaš (dios de la justicia), Adad (dios de la tormenta) y Enlil (la gran divinidad sumeria y rey de los dioses). Otras dos puertas estaban dedicadas a divinidades de antiguos centros religiosos situados en la dirección que éstas indicaban: Zababa y Uraš. La octava puerta era la del Rey. El emplazamiento de algunas ellas ha podido fijarse con exactitud y cuatro han sido excavadas: las de Marduk, Zababa, Uraš e Istar.

En 1902, Koldewey llevaba a cabo la excavación de la puerta más monumental de la ciudad, la dedicada a la diosa Istar (Lám. 1), que en la actualidad puede ser contemplada en el *Vorderasiatische Museum* de Berlín (MARZAHN, 1993). Un bloque de piedra caliza hallado en las cercanías contenía una inscripción cuneiforme que confirmaba la identificación de puerta con la gran diosa mesopotámica. Aunque la inscripción dedicatoria había sufrido algunos daños, ésta se ha podido reconstruir de la siguiente manera: *[Yo soy Nabucodonosor, rey de Babilonia, hijo de] Nabopolassar, [rey de Babilonia.] [he construido] la Puerta de Istar con piedras vidriadas [de color azul] para Marduk, [mi] señor (MARZAHN, 1993: 16).*

La puerta se abría en el paramento norte de la muralla, muy cerca del palacio real. De estructura compleja,



Lámina 1. Puerta de Istar.

estaba formada por tres pasajes sucesivos, defendidos por torres: una ante-puerta, la puerta principal abierta en el muro exterior y, por último, un paso estrecho y alargado en el muro interior, antes de entrar en la ciudad.

Las excavaciones arqueológicas han permitido establecer tres fases de construcción en la puerta de Istar: la más antigua estaba decorada con ladrillos en relieve no esmaltados, la segunda presentaba ladrillos esmaltados pero sin relieve y la tercera, atribuida a Nabucodonosor II, estaba provista de ladrillos en relieve esmaltados. Esta última estaba totalmente recubierta con esmalte azul y decorada con dragones y toros hechos con ladrillos en relieve de color blanco y marrón. En uno de sus muros el rey Nabucodonosor mandó grabar, a la vista de todos, la siguiente inscripción:

Las entradas a las puertas de las murallas Imgur-Enlil y Nimit-Enlil habían quedado cada vez más bajas a raíz de los terraplenes en la vía de Babilonia. [Yo Nabucodonosor] quité dichas puertas y, con asfalto y ladrillos, puse su fundamento a nivel de las aguas subterráneas; mandé hacer las nuevas puertas con ladrillos de piedra azul y preciosas figuras de toros y dragones. Como tejado, cubrí las puertas longitudinalmente de inmensos cedros. Los batientes (eran)



de cedro con guarniciones de bronce. En todas las puertas instalé umbrales y goznes de mineral fundido. Erigí toros salvajes y dragones furiosos en el interior de las puertas, las doté con magnificencia y suntuosidad para que toda la Humanidad las contemple asombrada (MARZAHN, 1993: 30).

La puerta de Ištar daba acceso a la llamada vía procesional de Marduk o *Ay-ibūr-šabû*, que se dirigía de manera totalmente rectilínea hacia el sur. A lo largo de 250 m estaba bordeada por una serie de murallas decoradas en su parte baja con unos frisos de leones (símbolo de Ištar), realizados con ladrillos esmaltados. La vía ha podido ser estudiada a lo largo de 900 m, entre la puerta y el área consagrada al zigurat de la ciudad. Por ella desfilaba todos los años la estatua del dios Marduk en la fiesta del Año Nuevo. Así describía Nabucodonosor los trabajos realizados en la vía procesional:

Rellené hasta gran altura Ay-ibūr-šabû, la vía de Babilonia, para la procesión del gran señor Marduk. Construí adecuadamente Ay-ibūr-šabû con losas (de piedra) de brecha y con losas de piedra de la montaña desde la puerta de Ellu hasta (la puerta de) Ištar-sakipat-tebiša (= Puerta de Ištar) para la procesión de su divinidad; la uní con la parte que construyó mi padre y creé una calle magnífica (MARZAHN, 1993: 12).

Sobre el resto del sistema viario de la ciudad tenemos una documentación procedente de la excavación del barrio de Merkés, situado al este de la vía procesional. En esta zona de Babilonia se ha podido atestiguar que la organización interior de la ciudad respondía a un plano cuadrículado, lo que supone un pensamiento y diseño urbanístico anterior a la construcción. Sin ser totalmente rectilíneas, las calles determinan un entramado ortogonal compuesto por bloques de habitación de 40 a 80 m de lado.

1.8. LOS PALACIOS (FIG. 1)

En la descripción de Babilonia en las tabillas de *Tintir* no hay ninguna mención a los edificios civiles. Nuestra fuente de información en este campo son las inscripciones reales y la arqueología. *Mi corazón no desea que mi residencia real pueda estar en otra ciudad. En ninguna otra parte he construido un palacio como sede de mi gobierno... En la misma Babilonia no había ningún otro lugar digno de mi realeza (ANDRÉ-SALVINI, 2001: Nab. 15 viii, 19-30).*

Nabucodonosor describía de esta manera la localización del palacio real en el interior de las fortifica-

ciones. Este monarca poseía tres palacios en Babilonia, todos ubicados en la ribera izquierda del río Éufrates (MARGUERON, 2003: 285). Dos ellos estaban situados en la ciudad propiamente dicha:

1. El palacio sur, en el interior del muro Imgur-Enlil, junto a la puerta de Ištar. En él murió Alejandro Magno en 323 a.C.
2. El gran palacio estaba localizado inmediatamente al norte del anterior.
3. El palacio de verano, a unos 2 km al norte, estaba fuera de la ciudad y protegido por el muro exterior (NASIR, 1979).

De los tres complejos palaciales, el que mejor se conoce es el meridional, cuya planta formaba un gran trapecio de 322 por 190 m. Se extendía entre la vía procesional y un enorme bastión que lo protegía del cauce fluvial. A nivel compositivo está formado por la yuxtaposición de cinco unidades arquitectónicas desarrolladas alrededor de un patio. En la parte sur, se encontraban los apartamentos oficiales, mientras que en la zona norte se localizaban las habitaciones destinadas a la actividad cotidiana y a la vida privada del personal.

El salón del trono, el lugar donde el rey realizaba las audiencias públicas, se encontraba en la zona central, abierto al tercer patio. A través de una especie de arco de triunfo se accedía al patio, desde donde por tres puertas se entraba en la sala del trono, que tenía unas dimensiones de 52 por 17,50 m. La fachada de la sala estaba revestida por ladrillos esmaltados como los utilizados en la puerta de Ištar. La decoración estaba compuesta por una serie de árboles estilizados, algunos motivos florales y geométricos y un friso de leones en relieve. Esta decoración encerraba una clara simbología. El árbol (la palmera) era signo de fertilidad y longevidad; y el león, símbolo de la diosa Ištar, representaba posiblemente la fuerza y la pujanza del rey (Lám. 2).

1.9. LOS JARDINES COLGANTES

En el ángulo noreste del palacio del sur, se identificó durante las excavaciones una estructura arquitectónica particular. Ésta consistía en una gran construcción formada por 14 salas alargadas, dispuestas en dos hileras y cubiertas por bóvedas (ALWAN, 1979). La presencia de pozos y de conductos de agua hizo pensar a los arqueólogos alemanes que se trataba de la infraestructura que había dado vida a los famosos jardines colgantes de Babilonia. Hoy se piensa, sin embargo,

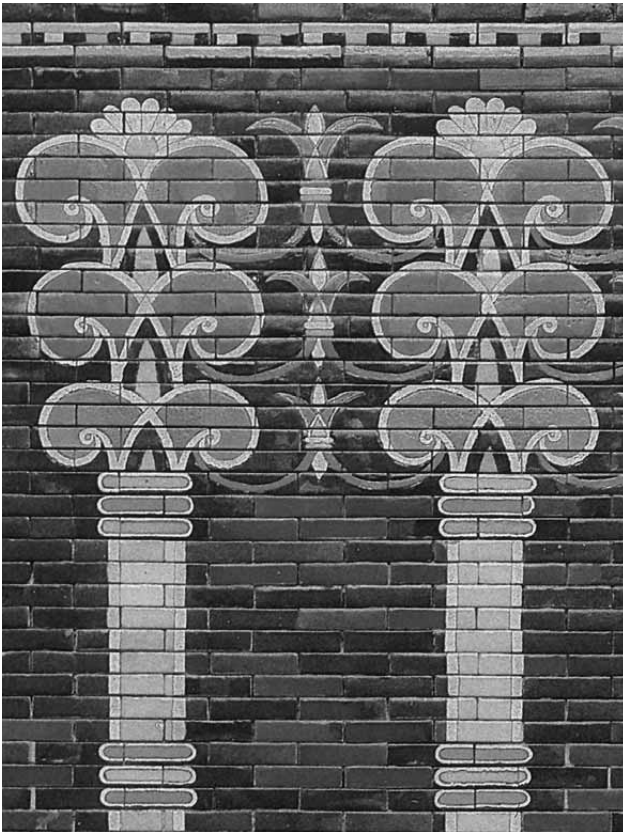


Lámina 2. Detalle de la fachada de la sala del trono del palacio de Nabucodonosor.

que se trata de una zona de almacenes cercana a la entrada del palacio y de la ciudad. Una prueba a favor de esta hipótesis fue el hallazgo de jarras y de un archivo económico, fechado en el reinado de Nabucodonosor II, dedicado al control de la distribución de aceite de sésamo, grano, dátiles y especies a prisioneros de alto rango y extranjeros (ANDRÉ-SALVINI, 2001: 88).

Pero, ¿dónde se encontraban los famosos jardines colgantes? ¿En qué parte de la ciudad estaba situada esta maravilla de la antigüedad? Se han propuesto varias alternativas, aunque sin argumentos concluyentes. Se ha pensado que podían estar ubicados en el gran bastión occidental que protegía el palacio de las crecidas del Éufrates (READE, 2000). También se ha planteado que las terrazas del zigurat de Marduk eran un buen candidato para acoger estos jardines. Incluso se han dibujado bellas reconstrucciones acompañadas por norias o tornillos de Arquímedes, como sistema para la elevación del agua (STEVENSON, 1992). Sin embargo, de ellos nadie ha encontrado huellas. Ante esta situación, la pregunta a plantearse podría ser otra: ¿tuvo Babilonia unos jardines colgantes?

De entrada, llama la atención un hecho: ningún texto de los que conocemos del rey Nabucodonosor II (y son muchos) menciona tales jardines en Babilonia. El historiador griego Heródoto tampoco nos habla sobre ellos en sus *Historias*. Igual ocurre con el escritor romano Plinio el Viejo, pues no cita estos jardines en su descripción de la ciudad. Las únicas referencias escritas proceden de autores tardíos como Diodoro de Sicilia, Quinto Curcio, Estrabón o Flavio Josefo. Evidentemente ninguno de estos autores pudo ver con sus propios ojos los jardines en funcionamiento, ya que en la época que vivieron Babilonia no era más que un campo de ruinas. Veamos la descripción que nos proporciona Diodoro:

Estaban también, junto a la acrópolis, los llamados Jardines Colgantes, obra, no de Semíramis, sino de un rey sirio posterior que los construyó para dar gusto a una concubina; dicen que ésta, en efecto, era de raza persa y sentía nostalgia de los prados de sus montañas, por lo que pidió al rey que imitara, mediante la diestra práctica de la jardinería, el paisaje característico de Persia. Cada lado del parque tenía una extensión de cuatro pletros; su acceso era en talud, como el de una colina, y las edificaciones se sucedían unas a otras ininterrumpidamente, de modo que el aspecto era el de un teatro. Las terrazas fueron hechas de modo que bajo cada una de ellas quedasen pasadizos de fábrica, que soportaban todo el peso del jardín y se iban levantando en el escalonamiento, elevándose poco a poco los unos sobre los otros de un modo paulatino e ininterrumpido. El pasadizo superior, cuya altura era de cincuenta codos, soportaba la superficie más elevada del parque y estaba construido al nivel del circuito de las almenas. Además los muros, construidos sin ahorrar gastos, tenían un grosor de veintidós pies, y cada uno de los pasadizos un ancho de diez. Las cubiertas estaban techadas con vigas de piedra que tenían una longitud de dieciséis pies contando con los solapas, y un ancho de cuatro. La techumbre sobre las vigas tenía primero una capa de cañas embadurnadas con gran cantidad de asfalto, después dos filas de ladrillos unidos con yeso, y recibía también como tercera cubierta una techumbre de plomo, para que la humedad de las terrazas no llegase abajo. Sobre éstas se había acumulado un espesor de tierra suficiente para las raíces de los árboles de mayor tamaño; el suelo, una vez que fue nivelado, estaba lleno de árboles de todas las especies que pudiesen, por su tamaño o por otros atractivos, seducir el espíritu de los que los contemplasen. Los pasadizos, al recibir la luz por encontrarse los unos más elevados que los otros, contenían muchas estancias regias de todo tipo; había una que contenía perforaciones procedentes de la superficie superior y máquinas para bombear agua, mediante las cuales se elevaba una gran cantidad de agua del río sin que nadie situado en el exterior pudiese ver lo que ocurría. (Biblioteca Histórica II, 10).



Los textos de los autores grecolatinos tenían muchas lagunas sobre la historia de Mesopotamia. De hecho, son frecuentes las confusiones entre lo asirio y lo babilónico. Por ejemplo, Diodoro sitúa Nínive, la capital del imperio asirio, junto al Éufrates, cuando ésta se localiza en realidad cerca del río Tigris. Además, en su descripción de las murallas de Babilonia se observa en el autor griego una confusión entre las ciudades de Babilonia y posiblemente Nínive:

En las torres y murallas estaban representados animales de todas las especies con destreza técnica en el uso de los colores y en el realismo de las representaciones; el conjunto representaba una compleja cacería de todo tipo de animales salvajes, cuyo tamaño era de más de cuatro codos. En medio de ellos estaba representada también Semíramis lanzando desde un caballo un venablo contra una pantera, y junto a ella su marido Nino golpeando de cerca a un león con su lanza (Biblioteca Histórica II, 8).

Esta descripción no encaja en absoluto con la decoración existente en Babilonia, donde no se ha encontrado ninguna escena de caza como las descritas por Diodoro. Sin embargo, concuerda muy bien con los relieves sobre cacerías hallados en el palacio de Aššurbanipal (668-630 a.C.) en Nínive. A esta confusión ha podido contribuir el hecho de que algunos reyes asirios, como Senaquerib (704-681 a.C.), llevaran el título de rey de Babilonia. De este mismo monarca asirio, se encontró en Nínive un bajorrelieve donde se representan unos frondosos jardines regados por un acueducto. Estos datos nos permiten apuntar la siguiente hipótesis: Babilonia no parece ser, pese a lo que indica la tradición, la ciudad de los jardines colgantes. Por el contrario, el palacio de Senaquerib en la ciudad asiria de Nínive puede ser un excelente candidato para localizar los famosos jardines (DALLEY, 1994). Por este motivo, Nabucodonosor II, que tantas obras de embellecimiento llevó cabo durante su reinado en Babilonia e, incluso, Heródoto, en su detallada descripción de la ciudad, no hablan de ellos, ya que no existieron.

1.10. EL CENTRO RELIGIOSO: ESAGIL, ETEMENANKI Y LA TORRE DE BABEL (FIG. 1)

El espacio reservado al culto en Babilonia era considerable, pues la ciudad contaba con 43 templos principales, así como con numerosas capillas y altares. El corazón religioso estaba ubicado en el barrio de Eridu, al sur del palacio. Aquí estaban los dos santuarios más importantes: el Esagil y el Etemenanki. Ambos ocupaban una superficie de 25 Ha.

El Esagil o “Casa de la Alta Cúspide” era el santuario del dios Marduk, que había sido levantado con ladrillos unidos con asfalto. Estaba formado por un edificio principal, de planta casi cuadrada (85,50 por 79,30 m), organizado en torno a un patio central. Koldewey sólo pudo excavar la parte oriental del santuario principal. En cambio, no trabajó en el ala oeste, donde con toda seguridad estaba la “cella” de Marduk (PARROT, 1949: 75).

El Esagil, en tanto que sede del dios nacional babilónico, formaba parte activa de las fiestas y rituales que se desarrollaban en la ciudad a lo largo del año. La fiesta más importante era, evidentemente, la del *Akitu* o Año Nuevo celebrada al comienzo de cada primavera. Las habitaciones contaban con mobiliario para las cuatro comidas cotidianas y excepcionales de los dioses que vivían o visitaban el santuario durante la festividad, como relata el *Poema de la Creación: Una vez terminaron la edificación del Esagil... a los dioses, sus padres, en su banquete sentó [Marduk]. ¡Ésta es Babilonia, el sitio que es vuestro hogar! Holgaos en sus recintos, ocupad sus amplios [lugares]. Los grandes dioses ocuparon sus asientos, dispusieron libaciones festivas, se sentaron para el banquete. Después de que se hubieron holgado en el interior, (y) en el Esagil, el espléndido, hubieron ejecutado sus ritos, (y) las normas hubieron fijado (y) todos [sus] portentos, los dioses todos distribuyeron las estaciones del cielo y de la tierra (VI, 70-80) (PRITCHARD, 1966).*

Heródoto también nos aporta alguna luz, a través de la información que le proporcionaron los sacerdotes caldeos de Babilonia, sobre el mobiliario y los rituales practicados en el Esagil: *Pero el santuario de Babilonia tiene abajo otra capilla, en la cual hay una gran estatua de Zeus (= Marduk) sentado, de oro, ya su lado se halla una gran mesa de oro, y el pedestal y el trono son igualmente de oro; y, según decían los caldeos; estas piezas están hechas con ochocientos talentos de oro. Y fuera de la capilla hay un altar de oro, y además otro altar, grande, sobre el cual se sacrifican las reses adultas, ya que sobre el altar de oro únicamente se permite sacrificar a los lechales. Y sobre el altar mayor los caldeos queman todos los años mil talentos de incienso el día en que celebran la fiesta de este dios. Además, en la época aquella de que hablo, había todavía en este recinto sagrado una estatua de doce codos, de oro macizo; yo no la he visto, pero repito lo que dicen los caldeos. Darío, hijo de Histaspes, puso sus miras en esta estatua, aunque no se atrevió a cogerla; pero Jerjes, hijo de Darío, la cogió e hizo matar al sacerdote que prohibía tocar la imagen. Tales son, pues, las bellezas que adornan este santuario, sin contar las muchas ofrendas particulares. (Historias I, 183).*



Según un tratado, la estatua del culto del dios Marduk tenía que ser de madera preciosa y no de oro como afirma Herótodo. Su aspecto ha podido reconstruirse gracias a un cilindro-sello de lapislázuli procedente del tesoro del Esagil. Se trata de un objeto votivo ofrecido por el rey Marduk-zâkir-šumi I (854-819 a.C.). En la inscripción cuneiforme del sello se puede leer la siguiente dedicatoria: *a Marduk, que vive en el Esagil... este sello de lapislázuli brillante, engastado en oro rojo, para decorar su divino cuello* (ANDRÉ-SALVINI, 2001: 104). En la representación Marduk aparece acompañado de un dragón y ricamente ataviado con un vestido largo decorado con símbolos celestes en los brazos, y motivos zoomorfos y vegetales dentro de círculos en la falda. Lleva los emblemas del poder de los grandes dioses: el anillo y el bastón de mando, en una de sus manos, y la tiara, sobre la cabeza.

Justo enfrente del Esagil, unos 80 m al norte, se encontraba el recinto del Etemenanki, el gran zigurat de la ciudad que se levantaba en medio de una impresionante explanada rectangular de 406 por 456 m. A este recinto sagrado se accedía por alguna de las doce puertas repartidas a lo largo de la muralla que lo aislaba del resto de la ciudad (PARROT, 1949: 70).

En el lado oriental de la muralla, se abría la puerta principal de acceso al recinto del Etemenanki, que comunicaba directamente con la puerta de Ištar a través de la vía procesional. La puerta, que aún no ha sido excavada, estaba flanqueada por dos grandes construcciones simétricas. Organizados alrededor de un gran patio, estos edificios estaban dotados de una serie de pequeñas salas alargadas, lo que hace pensar que se trataba de almacenes. El lado meridional disponía de cuatro puertas precedidas por pequeños patios, que estaban separados por edificios de función desconocida. Es interesante destacar que este importante número de puertas se concentraba en la parte de la muralla situada justo enfrente del Esagil. De hecho, dos de las puertas del lado sur del Etemenanki estaban perfectamente alineadas con otras tantas del Esagil.

En este recinto se levantaba el zigurat que los babilonios llamaron Etemenanki (“Casa –que es el– Fundamento del Cielo y la Tierra”), un edificio más conocido en nuestros días con el nombre de Torre de Babel, gracias a la tradición bíblica. La Torre de Babel constituía el último zigurat de los construidos en el mismo lugar de la ciudad mediante el recrecido de un edificio arcaico. El primer zigurat de Babilonia se remonta con bastante probabilidad al reinado del monarca amorreo Hammurabi (1792-1750 a.C.). Sin

embargo, la forma final de tan célebre monumento fue obra de los reyes Nabopolassar y Nabucodonosor II: *Etemenanki, el zigurat de Babilonia, cuyo terreno fue purificado por Nabopolassar, rey de Babilonia, mi padre y progenitor... al que puso un fundamento en el fondo del foso y erigió cuatro muros de asfalto y ladrillos hasta una altura de 30 varas, (pero) no irguí su cúspide: para elevar Etemenanki, para hacer rivalizar su cúspide con el cielo, intervine yo ... Un templo escalonado, una cámara bien protegida para el dios como en tiempos anteriores erigí con arte encima de su parte superior para Marduk, mi señor* (MARZAHN, 1993: 37).

Lamentablemente, el continuo expolio al que ha estado sometida la Torre de Babel desde su abandono tras la muerte de Alejandro Magno, que había planificado su reconstrucción (Estrabón, XVI, 5), provocó la inundación paulatina de la cimentación del edificio. En este lamentable estado encontró Robert Koldewey el edificio que, gracias a la sequía excepcional de 1913, pudo dibujar en un plano (KOLDEWEY, 1914: 205). En él detalló los restos del monumento, incluyendo la disposición de los pocos ladrillos remanentes en la fábrica, las escalinatas y sus antepechos. Estos pocos vestigios también desaparecieron fruto del expolio sufrido una vez que Koldewey se vio obligado a abandonar la excavación en 1917 y regresar a Alemania a causa de la Primera Guerra Mundial.

Lo que en la actualidad se puede observar en el lugar donde se levantó la Torre de Babel no hace honor a la grandeza que en la antigüedad hizo célebre a este monumento. Hoy tan sólo se conserva su emplazamiento impreso en el suelo, una fosa rellena de agua y cañas y, en el centro, los restos de adobe del núcleo del edificio.

1.11. LAS CONSECUENCIAS DE LA OCUPACIÓN NORTEAMERICANA

La ciudad de Babilonia es, sin duda, uno de los más importantes yacimientos arqueológicos del Oriente Próximo. Sin embargo, la controvertida política de reconstrucción llevada a cabo en época de Sadam Hussein ha impedido que la UNESCO incluyera a ésta (con las medidas de protección que ello representa) en su catálogo de Patrimonio de la Humanidad.

Según un informe realizado por el British Museum, la ciudad ha sufrido importantes daños desde su ocupación en abril de 2003 por tropas norteamericanas y su transformación en campamento militar. Para adaptar el campo de ruinas de Babilonia a su nuevo uso militar, ha sido necesario efectuar una serie de intervenciones



muy agresivas para el yacimiento. Sirvan de muestra los siguientes ejemplos: la excavación de grandes trincheras anti-tanques en el área de la Torre de Babel; la circulación de vehículos pesados ha destruido el pavimento de la célebre vía procesional y ha dañado algunos de los dragones de ladrillo en relieve que decoraban la célebre puerta de Istar; el pequeño museo fue totalmente saqueado e incendiado en los primeros días transcurridos tras la caída de la dictadura; etc.

2. NABUCODONOSOR II: UN PERSONAJE VIVO

Por la grandeza de sus actos, la figura histórica del rey babilónico había dado paso al mito y la leyenda desde la antigüedad clásica. Por esta razón, no ha de extrañarnos que algunos autores de época romana se refieran en sus escritos a las hazañas militares de Nabucodonosor II por gran parte del mundo antiguo, incluido el suelo ibérico. El geógrafo griego Estrabón (*Geografía* XV, 1, 6), que vivió en época de Augusto, y el historiador judío Flavio Josefo (*Contra Apión* I, 144 y *Antigüedades Judías* X, 227), que escribió en tiempos de Vespasiano y Tito, hacen referencia en sus obras a la conquista de Iberia por parte del carismático monarca babilónico. Tales afirmaciones no tienen, obviamente, ningún fundamento histórico, ya que en ambos casos no son más que pura tradición legendaria inspirada en una historia de la India escrita por un tal Megasthenes.

Esta tradición será recuperada en el Siglo de Oro español por algunos historiadores que, impulsados por demostrar la antigüedad de su nación, se interesaron por los topónimos de origen hebreo. A su juicio, el origen de estos nombres de lugar se remontaba a la presencia de los primeros judíos en suelo ibérico, que ellos fecharon en época de Nabucodonosor. Éste es el caso, por citar algunos, del hebraísta Benito Arias Montano o del padre Juan de Mariana. Este último escribió lo siguiente en el libro primero de su célebre *Historia General de España* (1851: 19): *...Nabucodonosor... pasó a España... Desembarcó con su gente en lo postrero de España á las vertientes de los Pyreneos: desde allí sin contraste discurrió hasta las demás riberas y puertos sin parar hasta llegar á Cádiz.* Una prueba sobre este increíble episodio (la presencia de judíos en la Península Ibérica venidos con el rey Nabucodonosor), aportada por estos autores del siglo XVI, era la existencia de muchos topónimos hebreos en nuestro país, del que Toledo sería un ejemplo (REYRE, 1995).

En Toledo, precisamente, se tiene constancia gracias al *Libro de Cuentas del Cabildo* de la representación de

un auto sobre el rey Nabucodonosor en el año 1494 dentro de las celebraciones del *Corpus Christi*. En el citado libro se recoge una detallada descripción sobre la decoración y los personajes de esta representación dramática inspirada en el profeta Daniel (3, 1-33). La estatua que ordenó hacer Nabucodonosor para ser adorada por el pueblo se hizo moldeándola con unos camisonos y trapos viejos. Estaba acompañada por el rey, cuatro músicos, cuatro “caballeros caldeos”, dos judíos, tres niños y un ángel y, por último, tres hombres que se ocupaban de mantener encendido un gran brasero (TORROJA y RIVAS, 1977, pp.68-69).

Según las investigaciones realizadas por Munuera Rico (1981 y 1987), el *Corpus Christi*, del que tenemos noticias de su celebración en Lorca desde 1472, puede considerarse, en forma y contenido, el origen de los actuales desfiles bíblico-pasionales de Lorca. La representación de dramas religiosos sobre carros e incluso el protagonismo de los bordados en la festividad del *Corpus* lorquino a partir del siglo XVI hace pensar en un proceso de continuidad con la Semana Santa, fundamentado en la plasmación de escenografías bíblicas en la calle con una intención didáctica y de herramienta catequizadora. Desconocemos si algún pasaje bíblico relacionado con la figura del rey Nabucodonosor pudo representarse en la festividad del *Corpus* lorquino, de la misma manera que se hizo en Toledo. De lo que no hay duda documental alguna es sobre la primera aparición del monarca babilónico en el cortejo bíblico lorquino, que tuvo lugar en el año 1882. En la revista-programa de la Semana Santa de 1885 se describía esta figura de la siguiente manera: *...la esplendorosa corte de Nabucodónosor monarca que llevó á su mayor engrandecimiento la ciudad de Babilonia, y que no sabiendo distinguir el uso del abuso, la virtud del vicio, se entregó á su pueblo en brazos de éste último, haciendo de sus florecientes estados la idólatra Babel de los Asirios y Caldeos³. Marcha este personaje, seguido de sus Sátrapas y Penates, llevando como en triunfo á los tres mancebos compañeros de Daniel, Sirdrach, Misach y Abdenago, á los que su idolatría y despótico poder condenó á morir abrasados en un horno, por haberse negado á prestarle adoración; y habiéndolo escapado ilesos de la voracidad de las llamas, hacen se proclame por único y verdadero, al Dios de Israel.*

Tanto el rey como sus magnates, llevan tal profusión de alhajas, que, al descomponerse la luz solar, sobre sus

³ ¿Qué diferente es la visión que se nos ofrece sobre Nabucodonosor II, al que se califica de personaje de personalidad excepcional, en la reciente biografía del historiador francés D. Arnaud (2004)!



diamantinas superficies, se convierte éste grupo en un igneo fóco cuyas caprichosas variantes no puede soportar nuestra retina; llamando principalmente la atención, las magníficas arracadas de oro y rubíes que ostenta el Monarca; como asimismo, la gruesa cadena de encendidos carbunclos que en múltiples vueltas aprisiona su garganta, los brazaletes y pulseras que lucen sus desnudos brazos, son de las mismas piedras preciosas, formando un bellissimo contraste, con las riquísimas telas de brocado, tisú, y gasa de oro que constituyen su vestido y los de sus magnates...

Para Barberán y Plá (1888: 12) la significación religiosa que trasciende de esta figura era evidente, pues en *Nabucodonosor recuerda el pueblo la espriación á que sujetó Dios sus desórdenes, y el fruto de su arrepentimiento*.

Estas representaciones bíblicas eran una verdadera puesta en escena, que requería del asesoramiento de artistas y eruditos. La ambientación arquitectónica presente en las carrozas y, sobre todo, el vestuario de los personajes demandaban una buena formación en el campo de las artes. Parece lógico pensar que la pintura historicista y orientalista, así como la ópera y el teatro decimonónicos, proporcionarían ideas y motivos para los responsables artísticos de las cofradías (PÉREZ ROJAS, 1990: 323). ¿Cuál pudo ser la fuente de inspiración en una Lorca del siglo XIX alejada de las corrientes artísticas que en Europa estaban bebiendo del Orientalismo?

Treinta y cinco años antes de la aparición de la figura del rey Nabucodonosor en la Semana Santa lorquina tenía lugar en París un acontecimiento cultural de notable dimensión: el Museo del Louvre inauguraba las primeras salas en Europa consagradas a una antigua civilización mesopotámica. Ello había sido posible gracias a los espectaculares hallazgos realizados por el cónsul francés Paul-Émile Botta cerca de la ciudad de Mosul, en el norte de Iraq. La repercusión que este descubrimiento tuvo sobre la sociedad de mediados del siglo XIX fue considerable, ya que por primera vez se podía contemplar el arte de la civilización de los asirios, un pueblo citado en el Antiguo Testamento. El impacto de estos hallazgos fue también notable en el mundo de las artes (teatro, pintura, arquitectura, etc.). Nació lo que en Francia se denominó *l'art de la vogue assyrienne*. Sirva como muestra un par de ejemplos. En 1865, en las ilustraciones efectuadas para una Biblia, Gustave Doré representó varios toros asirios, y en la exposición universal de París, en 1889, Charles Garnier, el arquitecto de la Ópera, diseñó varias construcciones inspiradas en modelos asirios (BOHRER, 1993). Pintores, orfebres,

escritores, etc. se vieron afectados por una especie de "asiriomanía", que se expandiría no sólo por Francia, sino también por Inglaterra y Alemania.

En este contexto cultural de gran interés por la antigüedad, y en especial por la oriental, se enmarca el primer volumen ilustrado sobre la historia del traje, las armas y los utensilios de los pueblos antiguos y modernos de Friedrich Hottenroth, publicado en Stuttgart en 1879. La edición en castellano sería publicada en Barcelona por Montaner y Simón en 1886. Parece que esta obra sirvió como fuente de inspiración para los directores artísticos de las cofradías lorquinas, ya que estaba disponible tanto en bibliotecas particulares como en las de instituciones culturales de la ciudad (SÁNCHEZ ABADÍE, 2005: 269-271). En este sentido, parece evidente por su similitud que para el traje de la figura de Nabucodonosor que desfiló en la Semana Santa de Lorca de 1882 se tomó como modelo la historia del traje de Hottenroth, bien la publicación original en alemán de 1879 o la traducción francesa de 1880, puesto que la edición española no aparecerá hasta 1886. A pesar de que el autor alemán publica en su obra una lámina con 22 personajes bajo el epígrafe de *trajes de los babilonios y asirios* (HOTTENROTH, 1917), lo cierto es que todos responden a la estética y la moda de la civilización asiria. No se puede obviar un hecho importante. Babilonia no será descubierta por la arqueología alemana hasta 1899, es decir, veinte años después de la publicación de la obra de Hottenroth. Por ello, la única fuente documental utilizada por el autor alemán para ilustrar su trabajo fueron los relieves que decoraban los palacios asirios, que franceses e ingleses estaban desenterrando junto al río Tigris, en el norte iraquí (LARSEN, 2001).

El primer Nabucodonosor del cortejo bíblico lorquino, obra del pintor José Rebollo Zamora en 1882 (Lám. 3), desfiló a pie en el Paso Blanco ataviado no a la moda babilónica sino a la usanza asiria, dado que su modelo fue tomado del libro de Hottenroth (Lám. 4). A nuestro juicio, la fuente de inspiración del autor alemán fue un relieve del palacio de la ciudad de Dur-Sharrukin (Lám. 5), cerca de Mosul, donde aparece representado el rey asirio Sargón II (721-705 a.C.). Es decir, se dio la contradicción de que la figura de Nabucodonosor, el gran soberano babilónico, participó en aquella Semana Santa vestido al modo de Sargón, monarca asirio conquistador de Babilonia en el año 709 a.C.

En 1917, Nabucodonosor desfiló por primera vez en una biga con un gran manto (primero en su género



Lámina 3. Nabucodonosor II, Lorca 1882.

en la Semana Santa de Lorca), bajo la dirección artística de Emilio Felices (Lám. 6). Treinta años más tarde este mismo director volvería a diseñar una nueva biga y otro manto (Lám. 7), que en ambos casos estaba presidido por motivos florales y vegetales, además de por algunos elementos de inspiración persa (el imperio que precisamente puso fin a Babilonia en 539 a.C.).

En 1969, el rey babilónico desfiló por vez primera sobre una carroza muy sencilla, formada por cuatro columnas que soportaban un entablamento de inspiración claramente clásica. Fue obra de Santiago Cruz Pallares (Lám. 8). En ella Nabucodonosor aparecía sentado y ataviado con un manto negro con motivos vegetales y otros figurados de origen claramente asirio (busto del rey, toro alado y rey cazando). Eran tiempos de escasez económica, por lo que se tuvo que recurrir al reciclado de otros mantos anteriores.



Lámina 4. Trajes asirio-babilónicos según Hottenroth (obsérvese el registro central, tercer personaje por la izquierda).

Una nueva carroza fue estrenada en 1978 bajo la dirección de Andrés Nicolás Moreno y Juan Luis Mora. Estaba compuesta por una torre almenada y cuatro columnas decoradas con varios tipos de plantas, que intentaban emular, aunque pobremente, los célebres jardines colgantes de Babilonia (Lám. 9). La decoración se completaba con dos toros alados y un genio protector, tomados de algún libro o enciclopedia de arte sobre Mesopotamia, donde aparecían reproducidas obras de la antigua Dur-Sharrukin, la capital asiria de Sargón II.

En 1981, la corte que solía acompañar a pie al rey babilónico pasa a formar parte de una nueva carroza realizada bajo la dirección artística de Andrés Nicolás Moreno. La escenificación en la carroza quedó dividida en dos partes: en la delantera, aparecía el rey acompañado por dos esclavos negros y dos magnates (Lám. 10) y, en la parte trasera, el profeta Daniel, dos esclavos y tres niños (Lám. 11). Nabucodonosor se presentaba sentado bajo un baldaquino y tras él una serie de



Lámina 5. Rey Sargón II de Asiria (a la derecha).



Lámina 7. Nabucodonosor II, Lorca 1947.



Lámina 6. Nabucodonosor II, Lorca 1917.

columnas rematadas por capiteles en forma de cabra (de inspiración libre), que soportaban un arquitrabe con la representación del Ahura-Mazda, símbolo de la sabiduría y dios supremo dentro de la religión de los persas aqueménidas. La decoración se completaba con dos toros alados de tipo asirio, realizados en madera policromada. Por tanto, lo persa y lo asirio, estilos de dos imperios rivales de Babilonia, conformaban los elementos decorativos dominantes, mientras que lo puramente babilónico quedaba marginado, una vez más.

No será hasta la Semana Santa de 2006 cuando podamos ver finalmente una carroza de verdadera y exclusiva inspiración babilónica, diseñada en este caso por la comisión artística del Paso Blanco. En su estructura y decoración la nueva carroza es una magnífica síntesis arquitectónica y ornamental de la fachada de la sala del trono del palacio de Nabucodonosor, de la puerta de la diosa Ištar y de la gran vía procesional



Lámina 8. Nabucodonosor II, Lorca 1969.



Lámina 10. Nabucodonosor II, Lorca 1981



Lámina 11. Nabucodonosor II, Lorca 1981.



Lámina 9. Nabucodonosor II, Lorca 1978.

de la ciudad de Babilonia (Láms. 1, 2 y 12-15)⁴. Todo ello dentro, como es obvio, de cierto margen de libertad en la composición y colores. Al igual que en su antecesora, el espacio disponible se organiza en dos ambientes inspirados en el relato del profeta Daniel. En la escena frontal, aparece el rey Nabucodonosor junto al profeta, a Aspenaz, a Ariej y a un escriba que copia en escritura cuneiforme las palabras de Daniel sobre una tabilla de arcilla, es decir, a la usanza mesopotámica (Lám. 14). En la escena trasera, el protagonismo lo tienen tres niños que simbolizan a los tres jóvenes hebreos lanzados al fuego por haberse negado a adorar una estatua de oro fabricada por el monarca babilónico (Lám. 15): *A vosotros, pueblos, naciones y lenguas se os hace saber: en el momento en que oigáis el sonido del cuerno, del pífano, de la cítara, de la sambuca, del salterio, de la zampoña*

⁴ Para una formación más detallada sobre estos monumentos véanse los apartados 1.7 y 1.8 de este artículo.

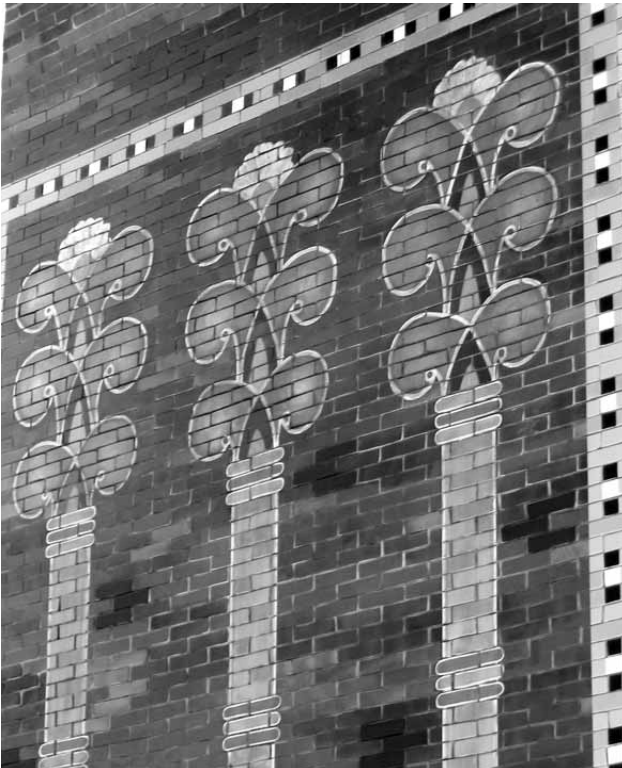


Lámina 12. Detalle decorativo. Nabucodonosor II, Lorca 2006.



Lámina 13. Detalle decorativo. Nabucodonosor II, Lorca 2006.



Lámina 14. Nabucodonosor II, Lorca 2006.



Lámina 15. Nabucodonosor II, Lorca 2006.

y de toda clase de instrumentos de música, os prosternaréis y adorareis la estatua de oro que ha erigido el rey Nabucodonosor. Y aquel que no se prosterne y adore, será inmediatamente arrojado dentro del ardiente horno de fuego (Daniel, 3, 4-6). Éste fue el caso de Sadrak, Mesak y Abed-Negó⁵, que se negaron a incurrir en el pecado de la idolatría. Los tres “andaban en medio de las llamas cantando a Dios y bendiciendo al Señor”, quien obró el milagro de salvarlos (Daniel, 3, 24). Ante tan magno suceso, el rey Nabucodonosor exclamó: ... a todo los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra; ¡la paz se os aumente! Pláceme daros a conocer los prodigios y milagros que me ha hecho el Dios Altísimo. ¡Cuán grandes son sus prodigios, cuán poderosos sus milagros! Su reinado es reinado eterno, y su dominio persiste en una y otra generación (Daniel, 3, 31-33).

⁵ Sus nombres originarios eran Ananías, Misael y Azarías, respectivamente (CALVOCORESSI, 2001).



Hoy, las ruinas de Babilonia son pasto de las llamas y de la barbarie humana. Ante la destrucción y saqueo que sufre el patrimonio arqueológico iraquí (por no hablar del drama humanitario) es nuestra obligación conservar para las futuras generaciones el recuerdo de lo que fue esa gran urbe cosmopolita que, lejos de la “confusión de lenguas”, representaba el cenit de la cultura mesopotámica. Lorca, de forma excepcional y dentro de un contexto catequizador, contribuye con sus desfiles bíblicos a que una parte del legado babilónico permanezca vivo entre nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- ALWAN, K., 1979: “The Vaulted Structures or the so-called Hanging Gardens”, *Sumer* 35, pp.134-136.
- ANDRÉ-SALVINI, B., 2001: *Babylone*. París.
- ARNAUD, D., 2004: *Nabuchodonosor II, roi de Babylone*. París.
- BARBERÁN Y PLA, C. M., 1888: *Las procesiones de Semana santa en Lorca bajo el punto de vista religioso, artístico y social*. Lorca (reeditado en 1988).
- BATTINI, L., 1997: “Les systèmes défensifs à Babylone”, *Akkadica* 105-105, pp.24-57.
- BOHRER, F. N., 1993: “Les antiquités assyriennes au XIXe siècle: émulation et inspiration”, *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens*. París, pp. 248-259.
- BRIANT, P., 1996: *Histoire de l'empire perse. De Cyrus à Alexandre*. París.
- CALVOCORESSI, P., 2001: *La Biblia: diccionario de personajes*. Madrid.
- CHARPIN, D., 2003: *Hammu-rabi de Babylone*. París.
- DALLEY, S., 1994: “Niniveh, Babylon and the Hanging Gardens: cuneiform and Classical Sources Reconciled”, *Iraq* 56, pp.45-58.
- GEORGE, A. R., 1985: “The Topography of Babylon Reconsidered”, *Sumer* 44, pp. 7-24.
- GONÇALVES, F. J., 2000: “Exílio babilónico de Israel. Realidad histórica e propaganda”, *Cadmo* 10, pp. 167-196.
- HOTTENROTH, F., 1917: *Historia del traje desde los tiempos primitivos hasta nuestros días*. Barcelona.
- KOLDEWEY, R., 1914: *The Excavations at Babylon*. Londres.
- LARSEN, M. T., 2001: *La conquête de l'Assyrie*. París.
- MARGUERON, J.C., 2000: “Babylone: la première mégapole?”, *Mégapoles méditerranéennes, géographie urbaine rétrospective*. Roma, pp. 452-481.
- MARGUERON, J. C., 2003: *Les mésopotamiens*. París.
- MARIANA, J. DE, 1851: *Historia General de España*. Madrid.
- MARZAHN, J., 1993: *La Puerta de Ishtar en Babilonia*. Berlín.
- MUNUERA RICO, D., 1981: *Cofradías y hermandades pasionarias en Lorca*. Murcia.
- MUNUERA RICO, D., 1987: *El Corpus de Lorca*. Mula.
- NAGEL, W., 1979: “Where were the Hanging Gardens Located in Babylon?”, *Sumer* 35, pp. 241-242.
- NASIR, M., 1979: “The so-called Summer Palace (Nebuchanezzar’s Life Palace)”, *Sumer* 35, pp. 159-158.
- PARROT, A. 1949: *Ziggurats et Tour de Babel*. París.
- PÉREZ ROJAS, F. J., 1990: “Urbanismo y arquitectura en Lorca a finales del XIX”, *Lorca, pasado y presente II*. Murcia, pp. 311-336.
- PRITCHARD, J. B., 1966: *La sabiduría del antiguo Oriente*. Barcelona.
- READE, J. E., 2000: “Alexander the Great and the Hanging Gardens of Babylon”, *Iraq* 62, pp. 195-217.
- REYRE, D., 1995: “Topónimos hebreos y memoria de la España judía en el Siglo de Oro”, *Criticón*, 65, pp. 31-53.
- SACK, R. H., 1997: “Nabonidus of Babylon”, *Crossing Boundaries and Linking Horizons*. Maryland, pp. 455-473.
- SAFAR, F. et al., 1981, *Eridu*. Bagdad.
- SÁNCHEZ ABADÍE, E., 2005: “Bordado e imaginaria en la Semana Santa de Lorca”, *Perspectivas de la Semana Santa de Lorca*. Murcia, pp. 221-334.
- SANMARTÍN, J., 1999: *Códigos legales de tradición babilónica*. Madrid-Barcelona.
- STEVENSON, W. W., 1992: “A Proposal for the Irrigation of the Hanging Gardens of Babylon”, *Iraq* 54, pp. 35-54.
- TORROJA MENÉNDEZ, C. y RIVAS PALÁ, M., 1977: *Teatro en Toledo en el siglo XV. Auto de la Pasión de Alonso del Campo*. Madrid.
- WISEMAN, D. J., 1985: *Nebuchadrezzar and Babylon*. Oxford.